

The background of the cover is a dark, atmospheric scene. At the top, a set of weathered wooden stairs descends from the top edge. The stairs lead into a vast, intense fire that fills the middle and lower portions of the frame. The fire is depicted with bright yellow and orange flames, and thick, billowing plumes of dark red and black smoke. The overall mood is one of intense heat, danger, and a descent into a dark, infernal realm.

ESCALERAS AL INFIERNO

Juan Carlos Martín Jiménez

ESCALERAS AL INFIERNO

JUAN CARLOS MARTÍN JIMÉNEZ

Primera edición: agosto de 2024

© Copyright de la obra: Juan Carlos Martín Jiménez

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

ISBN: 978-84-128873-5-8

ISBN digital: 978-84-128873-6-5

Depósito Legal: B-13269-2024

Diseño e imagen de portada: Celia Valero

Maquetación: Rosa Iglesias

Edición a cargo de María Isabel Montes Ramírez ©Angels Fortune Editions

www.angelsfortunedititions.com

Derechos reservados para todos los países

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley»

*A mis padres, Juanita y Rogelio,
a mi hermana Mayte,
a mis hijos Paula y Juan,
a mis sobrinos Marina y David,
a mi tío Julián,
a toda la gente de mi pueblo, Nava del Barco (Ávila),
y a mi pareja Begoña,
a quienes llevo en el centro de mi corazón.*

PRÓLOGO

Julián conducía por aquella interminable recta de la N-110, con destino al que iba a ser su nuevo hogar. Faltaban 65 kilómetros para llegar a El Barco de Ávila. Miró un instante por el espejo para ver como su hija Paula dormía en el asiento trasero, mientras Belén, su mujer, iba a su lado, concentrada en sus pensamientos, con la vista fija en algún punto del horizonte. Si le hubieran adelantado lo que les esperaba a él y a su familia, a buen seguro que habría dado la vuelta al coche en el primer sitio que hubiese podido...

CAPÍTULO 1

Paula se desperezó y emitió un ruidoso bostezo, mientras estiraba ambos brazos tocando el techo del Seat Ateca que conducía su padre. Miró por la ventanilla y sus ojos color avellana se fijaron en los prados verdes que había a ambos lados de la carretera, con alguna que otra vaca pastando o tumbada plácidamente, caballos que corrían como en un intento por no perder la estela del coche, y al fondo una cordillera de preciosas montañas que, a pesar de que el verano acababa de comenzar, aún conservaban restos de nieve en sus cimas. Se atusó su largo cabello castaño recogido en una trenza y poniendo los codos en el respaldo del asiento de su madre preguntó:

—¿Falta mucho para llegar?

—Unos cuarenta kilómetros. Llegaremos en una media hora, más o menos. Te has dormido un buen rato, ¿eh?

—Sí, estaba cansada y este calorcito ayuda a echarse una cabezada y, aunque no estoy deseando llegar —recalcó estas últimas palabras, mientras miraba primero a su padre y luego a su madre—, por lo que he leído en internet, y lo poco que me habéis contado, El Barco de Ávila parece un pueblo muy bonito, pero sólo para pasar el verano... No quiero vivir allí. Quiero vivir en Madrid, donde está mi instituto, mis amigos, todo lo que necesito, ¿me entendéis?

—Hija, ya verás como te gustará —intervino su padre sin apartar la vista de la carretera, que empezaba a tornarse sinuosa, con las primeras curvas que anunciaban el inicio de la ascensión al Puerto de Villatoro—. Es un pueblo muy tranquilo. Bueno, ahora en pleno verano hay más gente de vacaciones, pero después, en

invierno, seremos menos habitantes. De todas formas, piensa en tu madre y en su nuevo trabajo —dijo mirando brevemente a su esposa, quien esbozó una tímida sonrisa, al tiempo que su mente proyectaba la imagen del hotel rural que se acababa de construir en El Barco de Ávila, donde el director general de la cadena hotelera para la que trabajaba desde hacía veinte años en Madrid le había ofrecido el puesto de directora, con quince personas a su cargo.

Belén se apartó un mechón de pelo rojizo de la frente, que casi le tapaba sus ojos marrones, y se peinó con la mano el largo cabello que le llegaba hasta la mitad de la espalda, bien formada gracias al deporte que hacía en el gimnasio tres veces por semana y que le permitía tener un cuerpo esbelto y fibroso. Acarició el rostro de su hija con delicadeza, para después volver a mirar la carretera y dejar que sus pensamientos fluyesen, a la misma velocidad que las ruedas del coche iban devorando los kilómetros. A sus cuarenta y siete años la vida profesional le daba una gran oportunidad de demostrar su valía y no dudó ni un instante cuando su jefe se lo planteó un año antes. Las obras del nuevo hotel habían concluido por fin, desde que comenzase su construcción once meses atrás, y necesitaba a alguien de su plena confianza para que todo fuese bien desde el primer día que abriese las puertas. Estaban a 22 de junio y faltaba poco más de una semana para la apertura al público. Sonrió al pensar que la campaña de promoción que se había hecho en internet había dado sus frutos y habían colgado el cartel de completo desde el 1 de julio hasta el 30 de septiembre. Sabía que iba a tener mucho trabajo, pero disfrutaba cada día de su profesión y del nuevo reto que le estaba esperando.

—Hija, sabes muy bien que hemos tenido que venir entre semana para ver cómo iban las obras del hotel y elegir la que va a ser nuestra nueva casa, comprar las camas, los muebles, la vajilla,

el televisor... todo para evitar hacer una mudanza, y echar la matrícula en el que será tu nuevo instituto —le dijo su madre, girándose para darle un beso en la mejilla.

—Ya, ya. ¿Cómo es la casa? ¿Grande? ¿Con patio? Ni siquiera una foto me habéis enseñado, ni la dirección para verla en internet —gruñó frunciendo el ceño.

—No seas impaciente. Lo verás todo muy pronto.

—Ya sabes que la paciencia no es lo mío. ¿Y el instituto cómo es? Estoy muy enfadada con vosotros, porque tengo que dejar a mis compañeros de clase, mi casa, mi ciudad... Así que espero que merezca la pena, porque si no me vuelvo a Madrid con la abuela Rosa, ya os voy avisando —amenazó, mientras iba elevando el tono de voz a cada palabra que pronunciaba.

—No hará falta hija. Deja a la abuela tranquila. Ya iremos a verla en cuanto podamos e incluso puede venir a pasar unas semanas con nosotros, cuando nos hayamos instalado del todo. Ya sabes que ella nació en Nava del Barco, un pueblecito que está muy cerca de El Barco de Ávila y que vivió unos años allí, hasta que su madre decidió que se fueran a Madrid.

—Sí, eso ya lo sé, porque me lo ha contado varias veces. Pero no ha vuelto a su pueblo desde que era una niña, y a lo mejor ni quiere volver a pisarlo, igual que me pasa a mí con El Barco de Ávila. Ni siquiera hemos llegado y ya estoy deseando regresar a Madrid. ¿Por qué no puedo quedarme a vivir con la abuela y seguir estudiando en mi instituto? —suspiró con el rostro muy serio, mientras se echaba para atrás en el asiento y sacaba el móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

Sus padres se miraron por un instante, sabiendo que a su hija le estaba costando mucho asimilar este cambio de rumbo en la vida de toda la familia, pero la decisión ya estaba tomada.

El coche disminuyó la velocidad al llegar a un nuevo pueblo: Piedrahíta, leyó Paula el cartel que había colocado a la entrada.

—¿Cuántos kilómetros faltan ahora para El Barco de Ávila?

—Veintiuno, hija. Y yo que tú no mirarías el móvil durante un rato para que no te marees. Viene un tramo de curvas muy seguidas.

—Está bien papá. Entonces me pondré a comer unas patatas fritas. Cuando estoy enfadada, como ahora, me entra hambre.

Atravesaron Piedrahíta, que a Paula le pareció un pueblo grande, con mucha vida y animación en sus calles, y tal y como su padre le había avisado llegaron una curva tras otra, hasta que la carretera volvió a estirarse para ir dejando a ambos lados otros tres pueblos pequeños, algunos de cuyos habitantes estaban sentados al sol contemplando el paso de los coches.

—El Barco de Ávila —anunció Julián—. Bienvenidas a nuestra nueva casa.

—¿A qué hora nos esperan en la inmobiliaria? —le preguntó su mujer.

—A las doce. Vamos bien de tiempo.

Belén miró su reloj de pulsera. Las once menos diez.

—Podemos pasar primero por el hotel. ¿Te apetece verlo hija?

—¡A ver qué remedio! Espero que al menos sea bonito, ya que es la causa de que estemos aquí y no tranquilamente en Madrid.

Paula se pegó al cristal de la ventanilla para no perder detalle de aquel lugar en el que sus padres habían decidido por ella que tendría que iniciar una nueva vida. Una gasolinera, una plaza de toros, muchas tiendas, un pequeño parque... Su mirada se detuvo en dos edificios que parecían dominar el pueblo: un castillo y una

moderna instalación de cuatro plantas, con un aparcamiento en la parte delantera: Hotel Tormes, leyó.

—¡Mamá! ¿Es ese tu hotel? ¡Es precioso! —dijo pintando una sonrisa en su rostro por primera vez desde que salieron de Madrid.

—Sí, hija. Y ya verás por dentro. Tiene piscina, gimnasio, spa, comedor y un jardín en la parte trasera con columpios y bancos para tomar el sol, y contemplar desde lo alto las maravillosas vistas que ofrece este pueblo.

Julián aparcó el coche frente a la puerta del hotel, cuya fachada destilaba modernidad y rezumaba olor a madera de pino. En su interior, un grupo de obreros se afanaban por ultimar algunos retoques en las lámparas y en la colocación del mobiliario, mientras una mujer de mediana edad, con el pelo negro recogido en una coleta, les daba instrucciones. Belén golpeó ligeramente el cristal de la puerta principal, encima de la cual brillaba el rótulo con el nombre del hotel y sus tres estrellas, y consiguió captar su atención a la segunda tentativa. La mujer sonrió al ver a Belén y abrió la puerta, saludándolos efusivamente.

—¡Hola directora! ¡Bienvenidos! —fijó su mirada en Paula—. Vaya, esta mujercita tan guapa debe de ser tu hija, ¿verdad? Encantada, soy Begoña —le dijo agarrándola por los hombros y dándole dos sonoros besos—. Pasad. Estamos en plena batalla por dejar todo listo, pero tranquilos, está todo bajo control.

Belén no lo dudaba en absoluto. Había elegido bien a la persona que iba a ser su mano derecha, la gobernanta del hotel, Begoña, una mujer con amplia experiencia en el sector hotelero, que llevaba más de diez años viviendo en El Barco de Ávila y que había trabajado en varios hoteles del pueblo y de sus alrededores, que le habían facilitado excelentes referencias.

—Gracias, Begoña. No sé qué hubiera hecho si tú no hubieses estado aquí supervisándolo todo.

—Es un auténtico placer, directora.

—Belén, llámame Belén, por favor. Vamos a ser un equipo y todo va a salir muy bien. ¿Está el personal preparado para empezar a trabajar el 1 de julio?

—Sí, sí, todos están deseando que se abra el hotel y recibir y atender a nuestros primeros clientes: camareros, botones, recepcionistas, el socorrista de la piscina, la entrenadora personal del gimnasio, cocineras, limpiadoras, la animadora... En diez días esto estará en plena actividad.

—Muy bien, Begoña. Estoy deseando que llegue ese día. Acabamos de llegar de Madrid y, antes de que nos den las llaves de nuestra casa, voy a enseñarles el hotel a mi marido y a mi hija.

—Perfecto. Os acompaño.

—No te preocupes. Sigue con lo que estabas haciendo, que te he visto muy liada y concentrada. Te avisamos cuando nos marchemos.

—Vale directora... bueno, Belén. Nos vemos luego.

Begoña se dirigió a unos obreros que trasladaban mesas al restaurante del hotel.

—Con cuidado, despacio —iba dando órdenes a diestro y siniestro.

Belén no pudo por menos que echar una carcajada y mover la cabeza de un lado para otro, ante el desempeño de la labor profesional de Begoña.

—Venga. Os enseñaré lo que hay en esta planta, la piscina y el jardín. El restaurante lo dejaremos para otro momento —dijo señalando el jaleo que había en esa dependencia del hotel—, luego veremos alguna habitación, tenemos cuarenta, diez en cada planta, y el gimnasio en la parte de arriba. ¡Vamos!

Veinte minutos más tarde salían del hotel y, tras despedirse de Begoña, bajaban las escaleras que conducían a la calle.

—¿No vamos en el coche? —preguntó Paula a su padre.

—No hija. Aquí en Barco no hay distancias. Iremos andando a la inmobiliaria y así conoces la calle Mayor.

Paula se quedó mirando y leyendo un cartel enorme que había en la pared, justo al final de las escaleras que había junto al aparcamiento del hotel: Judías de El Barco de Ávila, adornado con una imagen en grande de la legumbre.

—No me digáis que aquí son típicas las judías blancas, porque no me gustan nada, y este pueblo, no sé yo...

Sus padres esbozaron una sonrisa, sabedores de que, efectivamente, las judías, de cualquier color y sabor, no eran del agrado de su hija.

—Seguro que te gustan más las patatas revolconas, con sus torreznos, o la trucha que se pesca en el Tormes, el río que pasa por aquí.

—¿Dónde está el río? ¿Podré bañarme?

—La gente suele ir a bañarse a los pueblos de alrededor, así que ya iremos de excursión a algunos de los que hay por la zona, incluido Nava del Barco, el pueblo de tu abuela Rosa; son preciosos, con sus montañas, lagunas... Ya lo verás, te va a encantar vivir aquí.

—Suenan muy bien papá, pero todavía no se me ha pasado el enfado y no descarto volverme a Madrid... —le dijo Paula muy seria—. Y sí, la abuela me ha hablado alguna vez de que en su pueblo hay una laguna preciosa, pero eso sí, no pienso probar las judías, ni las patatas esas, y la trucha ya veremos.

Cuando dieron la vuelta a la esquina donde estaba el hotel, se toparon con un hervidero de gente que caminaba en todas

direcciones, incluso iban por el centro de la carretera y se iban apartando cuando pasaba algún coche, que siempre marchaba lentamente, como sabiendo que la tranquilidad imperaba en el pueblo y que no había que alterar a sus habitantes haciendo sonar el claxon.

—¡Vaya, cuánta gente!

—Es la calle principal y también la más comercial. Está llena de tiendas.

—¿La inmobiliaria está en esta calle?

—No. Tenemos que ir a la Plaza de España. En menos de diez minutos habremos llegado.

Paula iba mirando hacia todos lados: una Oficina de Información y Turismo a su izquierda, tiendas de calzado, de alimentación, peluquerías, un cine-teatro, el edificio de una cárcel, bancos, pastelerías, charcuterías, bares... Empezaba a gustarle tanto bullicio y animación, aunque no se le iba de la cabeza que vivir allí sería otro cantar...

Después de recorrer un buen tramo de la calle, torcieron a la izquierda y al leer el rótulo supo que habían llegado a la Plaza de España. Paula se quedó boquiabierta. Las terrazas de los bares estaban repletas de gente. El día tan soleado, sin una brisa de viento, invitaba a tomarse un refresco y a disfrutar en compañía. La plaza era peatonal y eso hacía que los viandantes camparan a sus anchas por las tiendas que había en los soportales, en cuyos escaparates siempre había un cartel anunciando que se vendían las famosas judías de El Barco de Ávila. Se fijó en el reloj que había a la entrada, en las fachadas blancas con balcones, en las farolas con forma de balanza colgante, que sostenían dos luces redondas... Su padre interrumpió el estudio minucioso que estaba haciendo de la plaza.

—Ya hemos llegado. Justo a tiempo.

Entraron en la inmobiliaria, donde dos hombres vestidos con traje tecleaban en sus ordenadores. El que estaba más cerca de la puerta levantó la cabeza y se puso en pie para ir a saludarlos.

—Buenos días, familia Martín Fernández. Os estaba esperando. ¿Qué tal el viaje desde Madrid?

—Hola Javier, encantado de saludarte de nuevo. Todo ha ido muy bien. Ya estamos aquí, listos para empezar una nueva vida.

El compañero de Javier alzó los ojos del teclado y lanzó una mirada que se sostuvo pensativa en el aire. Meneó levemente la cabeza y volvió a su trabajo.

—Esta vez venimos con nuestra hija, Paula.

—Hola Paula. Espero que te guste nuestro pueblo.

—Gracias, eso espero yo también —dijo muy seria.

Javier la miró fijamente durante unos segundos, notando que no estaba muy convencida de la decisión que habían tomado sus padres, rodeó su mesa de trabajo y abrió uno de los cajones del que sacó unas llaves.

—Vamos. Supongo que esta jovencita está deseando ver su nueva casa y vosotros instalaros cuanto antes —giró la cabeza y se dirigió a su compañero—. Vuelvo en una hora.

Viendo que su compañero asentía sin ni siquiera mirarle, centró su atención en los recién llegados.

—¿Qué os parece si os llevo hasta vuestra casa, bajando hasta el río para que Paula pueda contemplar un paisaje precioso, con las montañas de la Sierra de Gredos al fondo?

—Vale —asintió Paula sin excesivo entusiasmo—. Espero que todo lo que voy a ver merezca la pena... —dijo, mientras torcía el gesto y miraba a sus padres.

Los cuatro salieron de la inmobiliaria y, mientras atravesaban la plaza charlando animadamente, el compañero de Javier los

siguió con la mirada a través de los cristales del local. Cerró los ojos, hizo una mueca negando con la cabeza y lanzó un suspiro.



CAPÍTULO 2

Dejaron atrás la Plaza de España torciendo a su izquierda por la calle San Pedro del Barco, al final de la cual había un espacio abierto con bancos donde sentarse a tomar el sol, muchos árboles que servían de escolta a un paseo y una fuente octogonal labrada con piedra gruesa, con cuatro caños de los que manaba agua fresca y clara, que reposaba a la sombra de un gran árbol y que era la antesala de la Iglesia Mayor de la Asunción de Nuestra Señora, y de la Residencia de la Tercera Edad San Miguel Arcángel, donde un grupo de ancianos charlaban en la misma puerta, mientras otros caminaban ejercitando las piernas, la mayoría apoyados en un bastón y todos con sombreros o gorras sobre sus cabezas.

—Si os gusta el arte, esta iglesia es una auténtica joya —les informó Javier—. Os recomiendo que si os interesa su historia vengáis un día a partir de las once y media y, en una visita guiada, Victoria os lo contará todo. Nadie sabe más que ella de la arquitectura y los misterios que rodean a esta iglesia.

—¿Misterios? Suena interesante. ¿Qué clase de misterios? —preguntó Paula.

—Bueno, se dice que aquí hubo un párroco que durante la Guerra Civil escapó a la ira de los vecinos del pueblo que le querían matar. Nadie sabe cómo lo hizo ni por dónde. Estaba en la iglesia cuando entraron a buscarle y desapareció. Hay quienes dicen que la iglesia tiene algún túnel secreto, pero nadie lo ha encontrado nunca. Ya sabéis, leyendas existen en todos los pueblos, y Barco no iba a ser una excepción.

Mientras todos contemplaban la imponente fachada de la iglesia, la puerta principal se abrió y un grupo de personas salieron

dando las gracias a una mujer de unos cincuenta y cinco años, rubia y menuda, que se despedía de los visitantes sin dejar de sonreír.

—Vaya, es Victoria —Javier miró su reloj—. Claro, los sábados hay visitas guiadas hasta las dos de la tarde.

Se acercaron hasta ella.

—Buenos días, Victoria. Te presento a Belén, Paula y Julián, que vienen a vivir al Barco desde Madrid.

—Vaya, dejáis la capital, muy buena decisión. Aquí encontraréis paz y tranquilidad —les dijo, saludándolos uno a uno—. ¿Y qué os ha llevado a cambiar de aires?

—Yo dirigiré el hotel rural que se acaba de construir al pie del castillo y mi marido es escritor, así que no ha habido problema para que mi familia haya podido venirse a vivir conmigo por motivos laborales.

—¿Y esta señorita tan guapa? ¿Cuántos años tienes?

—Quince. Cumpliré dieciséis el 30 de septiembre.

—¿Y qué curso has estudiado?

—He terminado cuarto de la ESO, y empezaré Bachillerato el curso que viene.

—Entonces irás al Instituto Aravalle, ¿no?

—Bueno, ella no lo ha visto todavía. Es una sorpresa, su instituto y hasta la casa donde vamos a vivir. Precisamente ahora vamos para allá.

—Muy bien, pues sed bienvenidos al Barco de Ávila. Y ya sabéis, si alguna vez queréis que os haga una visita guiada por esta magnífica iglesia, que fue declarada Monumento Histórico-Artístico Nacional en 1931, estaré encantada de contaros su historia.

—Y sus misterios... —le sugirió Paula.

Victoria torció la boca e hizo un gesto interrogativo encogiéndose de hombros.

—Es que les estaba contando la leyenda de aquel cura que se esfumó de la iglesia como por arte de magia cuando entraron para matarle.

—Ah, ya, el Padre Anselmo. Bueno, se cuenta que querían asesinarle, porque maltrataba a su monaguillo, le insultaba y hasta le pegaba, desquitándose así de los abusos que había sufrido él mismo por parte del anterior párroco. Una trágica historia.

—¿Y cómo termina? —preguntó Paula, cada vez más interesada.

—Bueno, como dice Javier, el Padre Anselmo desapareció en plena Guerra Civil, en 1938, y nadie volvió a verle nunca más. Y eso que era joven, tenía unos veinticinco años. Se sabe que le nombraron párroco de esta iglesia, y de todos los pueblos de alrededor, en 1935 por la repentina muerte de su antecesor, de quien el Padre Anselmo fue monaguillo e incluso vivía con él en su casa. El caso es que la iglesia le permitió ocupar su puesto sin hacer más preguntas...

—Si tenía veinticinco años cuando desapareció y estamos en 2019, entonces ahora tendría... —Paula entornó los ojos concentrándose en el cálculo mental—, unos ciento seis años. ¡Todavía podría estar vivo!

—Ja, ja, ja —rio Victoria la ocurrencia—. ¿Y nadie le ha visto en nada más y nada menos que en ochenta y un años? Además, se sabía dónde vivía tal y como debe constar en los registros de la iglesia y desde que desapareció nadie le volvió a ver en su casa...

—Perdona Victoria, pero se nos hace tarde. He de llevarles a su nuevo hogar y volver al trabajo, que ahora con el inicio de las vacaciones tengo mucho lío —le cortó Javier.

—Claro, claro. Bueno, lo dicho. Cuando queráis visitar la iglesia, ya sabéis dónde encontrarme. ¡Bienvenidos!

Se despidieron de Victoria, y Javier los guio por una calle cuyo final dejó boquiabierta a Paula.

—¡Hala, qué bonito! ¡El río!

—Eso es. El Tormes, un afluente del río Duero.

Lo contempló en silencio, paladeando las vistas que le ofrecía un paisaje lleno de luz y rebosante de colores. Frente a ella vio un cartel que anunciaba un puente románico del siglo XIV, cortado al tráfico para su mejor conservación, bajo cuyos ocho ojos fluía mansa y tranquila la corriente del Tormes, con un paseo junto a una de sus riberas que invitaba a dar una caminata reposada, adornado con plantas y árboles de distintas especies y donde había algunas personas haciendo fotos con sus móviles, a un paraje digno de ser respirado con calma. Su mirada se perdió en el horizonte, viendo ahora más cerca aquellas montañas que había divisado desde el coche... La voz de su padre interrumpió el éxtasis que la embargaba.

—Ya tendremos tiempo de venir a verlo tranquilamente y a pasear hija. Anda, vamos para la casa, que Javier tiene algo de prisa.

—Vale papi. De momento, esta parte del pueblo ¡me encanta!

Javier los llevó por un paseo que discurría paralelo al río, donde Paula pudo ver que había un Museo de la Judía: «Vaya», pensó, «estoy rodeada de la dichosa judía, qué manía la estoy cogiendo».

Giraron a la derecha por una calle estrecha y luego a la izquierda para llegar a otra un poco más ancha.

—Ya estamos en vuestra calle.

Paula leyó el letrero: calle Valdecorneja.

—Al fondo está vuestra nueva casa, la última de la calle. Muy tranquila, sin ruidos y casi sin vecinos.

Anduvieron unos metros, hasta que se detuvieron frente al número 21 de la calle, que tal y como les había explicado Javier terminaba ahí, en una pared formada por rocas de distintas formas y tamaños. Pero en lo que Paula se fijó primero no fue en la casa, sino en el impresionante castillo que se veía desde allí.

—El Castillo de Valdecorneja. Se llama igual que la calle donde vais a vivir. Os recomiendo visitarlo. Creo que es una joya del siglo XII y al estar en lo más alto de Barco hay unas vistas increíbles del río, las montañas, el pueblo, otros pueblos de alrededor...

—Sí, mi hotel está al lado del castillo, ya lo visitaremos. Pero ahora vamos a ver la casa, que tenemos muchas ganas de instalarnos.

—Claro, vamos.

Javier abrió la pequeña verja de hierro grisáceo, que era la antesala de un pequeño patio.

—Bueno, tus padres ya lo saben, porque a ellos ya les he enseñado la casa, pero a ti, Paula, que es la primera vez que la ves, te comento que tiene el garaje a la derecha y encima un balcón grande, desde el que se ve perfectamente el castillo y hasta el río, al que se accede por el lateral derecho de la planta de arriba. Vamos dentro.

Paula echó un vistazo rápido a la fachada de la casa, de color marrón muy claro, con la puerta principal hecha de madera y dos farolillos a cada lado, un par de ventanas en la planta baja y un balcón con una ventana grande y otra más pequeña en la de arriba, que ocupaba la puerta de entrada y la ventana del lado izquierdo de abajo.

Javier sacó las llaves del bolsillo de su pantalón y abrió la puerta. Un olor a cerrado salió despedido de la casa, mientras Javier entraba y accionaba el interruptor del contador de la luz y levantaba las persianas de las ventanas de abajo, permitiendo que los rayos del sol iluminaran la estancia, que pareció cobrar vida y tornarse mucho más cálida y acogedora.

Paula se quedó en el umbral de la puerta recorriendo la planta baja con la mirada, para abarcarlo todo y no perderse ningún detalle; al fin y al cabo, era la casa en la que sus padres habían decidido que iba a vivir. Frente a ella había un amplio salón con una mesa redonda de madera oscura y cuatro sillas colocadas abarcando su circunferencia, un tresillo de color blanco al lado derecho, desde el que se podía ver una televisión encajada en un mueble también de madera, con diversas estanterías, algunas con vajillas y otras con libros, y una puerta al fondo que conectaba directamente con el garaje. A la izquierda quedaban otras dos puertas a las que se dirigió Javier, y unas escaleras de piedra granítica que llevaban a la planta de arriba y que también bajaban al sótano.

—Aquí está la cocina completamente amueblada, con su nevera, lavavajillas, horno, vitrocerámica, lavadora... y en la puerta de al lado está uno de los cuartos de baño, con su bañera y ducha.

Paula entró en ambas dependencias observándolo todo, moviendo la cabeza en señal de asentimiento hacia lo que veía.

—Y ahora vamos arriba, que creo que es lo que más te va a gustar.

Subieron las escaleras y Paula se encontró con un pequeño espacio cuadrado que dejaba una puerta a su derecha, otra a la izquierda y otra más frente a ella.

—A la izquierda está la habitación de tus padres, enfrente el otro aseo, con un plato de ducha, y a la derecha la que va a ser tu habitación. ¿Qué quieres ver primero?

La respuesta de Paula vino en forma de acción. Asió el picaporte de la puerta de la derecha y empujó. Pese a la oscuridad en la que se encontraba sumida la habitación, pudo distinguir algunas formas de muebles reconocibles. Javier se adentró, recorrió las cortinas y apretó un botón que hizo subir la persiana de una cristalera. Paula se llevó ambas manos a la boca.

—¡Es precioso!

Corrió hacia la cristalera y observó el impresionante paisaje que se divisaba. Abrió el ventanal y salió al balcón que Javier le había explicado que estaba encima del garaje. Con las manos todavía tapándose la boca se fijó en el castillo, en el río y en toda la belleza que se desplegaba a su alrededor. Sus padres, cogidos de la cintura, la miraban sonrientes y felices.

—¿Qué te parece hija? ¿Ahora, después de lo que has visto, crees que te sentirás a gusto aquí?

Paula corrió a abrazar a sus padres.

—¡Me encanta! ¡Gracias! Aunque no os hagáis ilusiones, porque todavía no se me ha pasado el enfado del todo...

—Bueno, pues yo he de dejaros. Disfrutad de vuestra casa y cualquier cosa que necesitéis estoy a vuestra disposición. Aquí están las llaves de la casa y del garaje. Ah, Paula, te queda por ver el sótano, pero después de ver tu habitación me parece que puedes dejarlo para más tarde. Hasta pronto. Espero veros por el pueblo.

Los tres bajaron hasta la calle y allí se despidieron de Javier, quien enfiló sus pasos hacia la inmobiliaria con gesto serio. Cuando llegó a la oficina, su compañero se quedó mirándole fijamente, hasta que Javier reparó en ello y le devolvió la mirada.

—¿Qué te pasa, José? ¿Por qué me miras así?

—Sabes lo que acabas de hacer, ¿verdad?

—Claro, vender una casa y llevarme una comisión de 2.000 euros, no está mal, ¿eh?

—Ya sabes a lo que me refiero. Y, además, en esa familia hay una niña. ¿No te quita el sueño haberlos mentido?

—¿Mentido? Yo no he mentido. Jamás me preguntaron quién había vivido antes en esa casa, ni cuánto tiempo llevaba cerrada...

—Habrá alguien que se lo diga algún día. Este es un pueblo pequeño y en cuanto la gente se entere de que esa casa está de nuevo habitada, no tardarán en saber quién vivió allí.

—Esa historia sólo la recuerda la gente mayor. Tú la conoces, porque eres de aquí y te la ha contado tu abuelo. Aquello ocurrió hace muchos años, y, además, ¿acaso ha sucedido algo en esa casa? ¿Ha muerto alguien en ella?

—No, todavía... Pero sabes tan bien como yo que hay quien piensa que esa casa está maldita.

—Tonterías. Eso son supersticiones de otras épocas ya pasadas. Lleva años cerrada. No va a pasar nada, relájate hombre.

—Esa casa se ha alquilado tres veces desde que vivió en ella el Padre Anselmo y quienes estuvieron en ella la abandonaron precipitadamente...

—Dijeron que el pueblo era demasiado tranquilo y preferían otra vida.

—No. Dijeron que sentían que no estaban solos...

—Ya. ¿Y tú crees que ese Padre, con más de un siglo de vida, anda todavía rondando por ahí?

—Lo que sé es que nadie le volvió a ver jamás y mi abuelo me ha contado que se cree que entregó su alma al diablo, después de que su párroco le violara repetidas veces...

—Claro, claro. Anda, no dejes volar más tu imaginación y vamos a trabajar, que tenemos muchas solicitudes de alquiler para este verano.

Su compañero siguió mirándole con reprobación.

—Está bien, pero si le pasa algo a esa familia, tú serás el responsable.

Javier prefirió mirar la pantalla de su ordenador, asimilando las palabras de su compañero: «Tú serás el responsable». Ante sus ojos, su mente le proyectó la imagen sonriente de Paula. «Serás el responsable», «serás el responsable»... Suspiró para alejar la frase de sus pensamientos e intentó concentrarse en el trabajo, pero esas palabras volvían una y otra vez martilleándole las sienes, hasta que tuvo que levantarse para ir al servicio y lavarse la cara con agua muy fría. Se miró al espejo y se sorprendió a sí mismo diciendo: «Lo siento», mientras sus ojos luchaban para que no cayesen lágrimas de arrepentimiento.



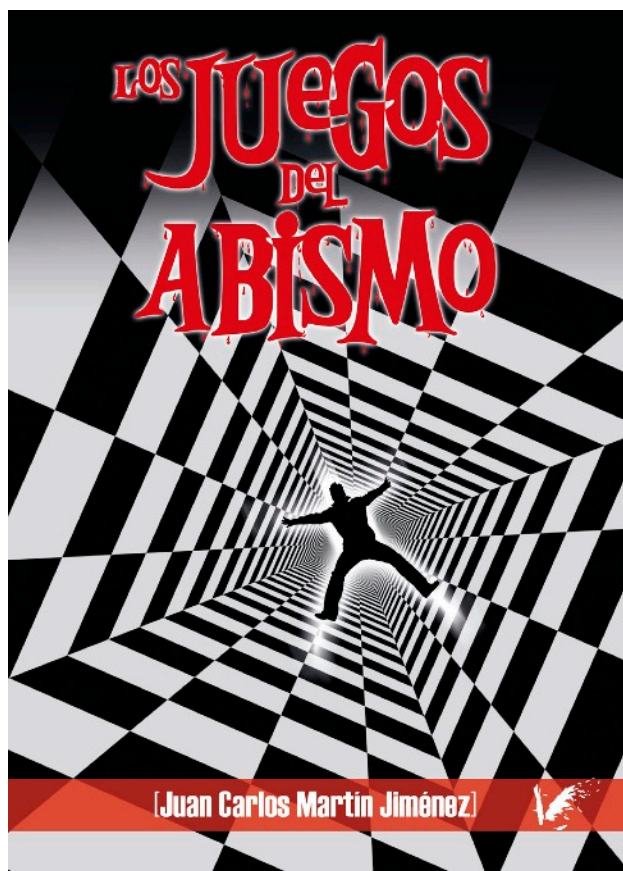
ACERCA DEL AUTOR

Juan Carlos Martín Jiménez nació en Madrid en 1967. Padre de dos hijos, Paula y Juan, licenciado en Ciencias de la Información, en la rama de Periodismo, por la Universidad Complutense de Madrid, director de los periódicos locales “Tetuán 30 días” y “Chamberí 30 días”, corrector profesional, y autónomo por cuenta propia, especializado en la comunicación empresarial de varios sectores, especialmente relacionados con la franquicia, aún le queda tiempo para disfrutar de dos de sus pasiones: el atletismo y la literatura.

Cuando se sienta delante de un ordenador, y abre la puerta de su mente, sus dedos son los encargados de plasmar en letras, palabras y frases las historias encerradas en una imaginación inagotable. Juan Carlos Martín se transforma del periodista

profesional que es, en uno de los mejores escritores de suspense y aventuras, que nada tiene que envidiar a los grandes de la literatura. Solo era cuestión de tiempo que este innato don surgiese a la luz.


OTRAS OBRAS DEL AUTOR



[Juan Carlos Martín Jiménez]

Franquicias, negocios de **ÉXITO**

Guía práctica para convertirse en
un buen franquiciador y franquiciado

 tusideas

 AEF

 2ª
EDICIÓN

La FUERZA está en tu INTERIOR

[JUAN CARLOS MARTÍN JIMÉNEZ]

